

Contemplo á este monstruo flotan- do en el agua de un baño, to- fida con la sangre de una pro- funda herida que en el pecho del asqueroso demagogo abriera la débil mano de una mujer.

Veo á Andrés comer, en el momento de ir á colocar su ca- beza bajo la guillotina, to arse la frente y murmurar: *¡Dios bendi- do aquí.....!*

Admiro á los simpáticos gi- rondinos, p' saludando á una no- che en lúnebre banquete, y mar- chando al siguiente día al patí- bulo cantando cantos patrióti- cos.

Oigo á Rouget de L'Isle, el clarín de los catorce ejércitos co- mo le ha llamado hace poco un poeta patriota de la Francia ac- tual, lanzar los varoniles acentos de la *Marsellesa* repetidos por un pueblo entero.

Asisto á las borrascosas sesio- nes de la Convención, y escucho atónito y amedrentado las inter- pelaciones, las amenazas, las acu- saciones, las injectivas mortales de aquellos terribles oradores:— *¡Hola! ¿me vais á cortar la puber- ta hoy?— ¡Sí! y la cabeza ma- ñana!*

Las carnicerías de Septiembre en que perecieron millares de víctimas, pasan ante mis ojos co- mo una pesadilla cruel. Me es- tremezo sólo al considerar el horrible sacrificio de aquella jo- ven aristócrata, que no pudo sal- var su vida sino á condición de beber un vaso lleno de la san- gre de su anciano padre á quien acababa de guillotinar!

El recuerdo de esta joven me hace evocar el de todas las vícti- mas femeninas; ¡qué desfile tan simpático y tan doloroso!

La hermosa princesa de Lam- balle, hecha pedazos por una chusma frenética que deja ex- puesto el cuerpo desnudo de la desdichada á las miradas y di- charajes obscenos de la multi- tud; corta la bella cabeza de la noble dama y clavándola en una pica la eleva hasta las ventanas de la prisión de Maris An onie- ta que pierde el sentido al ver tan horrorosa espectáculo.

Esta desgraciada reina, enca- nizada en pocos días en fuerza de tan extrañados sufrimientos, es llevada en un palio en la mis- ma carreta en que se conducían á las víctimas más vulgares.

¡Charlotte Corday, Lucila Des- moulin, Madame Roland..... ¡Ay! La guillotina no perdonó entonces ni la belleza, ni el ta- lento, ni la debilidad, ni la ener- gía!

Toda esta terrible fantas- magoría me viene frecuentemen- te al recuerdo y á la imagina- ción y anoche he soñado con ella

á propósito de las brillantes fies- tas de ayer.

Y sin embargo, esa célebre fe- cha de Julio de 1789 marca en la historia de la humanidad el principio de una era de emanci- pación, de derecho, de justicia y libertad.

La terrible revolución que co- menzó con el ataque y toma de la Bastilla, fué la justa explosión de un gran pueblo oprimido, humillado, explotado y deshe- titado durante muchos siglos.

Es verdad que las víctimas ins- piran lástima y simpatía; es ver- dad que muchas de ellas fueron expiatorias de faltas, errores y crímenes que no eran suyos; pe- ro el derecho de los pueblos ten- ía que abrirse paso con una fuerza irresistible, tanto más vio- lenta é imperiosa cuanto más se había querido contenerla.

A través de los horrores de la revolución francesa se perciben los gloriosos hechos de tantos héroes. Se admira la virilidad de la Francia que en lucha encarni- zada con toda la Europa pudo improvisar ejércitos que sostu- vieran el honor de la nación é hicieran respetar sus derechos y voluntades.

Se adquiere la convicción de que ese gran hecho histórico olió principio al nuevo régimen de los pueblos, desarraigó antiguas preocupaciones, produjo leyes y códigos que fueron la base en que se fundó el derecho públi- co y constitucional de las nacio- nes civilizadas y dió también eficaz estímulo á los que se ha- llaban en grande atraso y ava- sallados como las colonias his- pano-americanas, que sintieron el impulso hácia su libertad é indiferencia, al percibir el leja- no rumor de las violentas y ex- traordinarias ceremonias de la nación francesa.

Las fiestas de ayer fueron dignas del gran suceso que se conmemoró. La colonia france- sa ha hecho una brillante mani- festación de su patriotismo. Los ciudadanos de ese gran pueblo no olvidan ni por un momento á su patria, ni pierden oportu- nidad para celebrar y recordar sus antiguas glorias.

¡Ehén, muy bien por los bu- enos hijos de la Francia! Yo tam- bién tomo parte en su patriótico entusiasmo y repito las estrofas de su himno popular.

“Allons, enfants de la patrie!”

M. M. AGOSTA.

TEATROS.

—Para San Luis Potosí irá una

compañía de zarzuela en la que figura como tenor D. Lorenzo Escalera y como barítono el joven orizabeño D. Manuel Román, así como otros artistas co- nocidos.

—En Córdoba sigue traba- jando con buen éxito la compa- ñía dramática Rodríguez El último domingo estrenó una obra del joven D. Pedro B. Ojeda, la que por especiales circunstancias no agradó al público, pero sí asistió en gran número á su es- treno.

Las simpatías que entro los cordobeses se ha conquistado el modesto actor D. Francisco Ro- dríguez, lo han animado á per- manecer aun en la ciudad de los cafetos otros quince días.

—La zarzuela que bajo la di- rección del barítono Sr. Labra- da se encuentra en Puebla, mar- chará esta semana para Toluca, á fin de dar allí una corta serie de representaciones.

—Bajo la dirección de D. Pri- mitivo Serrano, está en construc- ción un teatro en la ciudad de Lagos.

—Sabido es que desde hace al- gún tiempo existe en París un llamado teatro Libre, del que es empresario un hombre de gran- de iniciativa é indudable talen- to, Mr. Antoine, cuyo coliseo ve- nía á ser como el refugio de obras que, por lo escabroso de sus ar- gumentos ó por no ajustarse á los moldes del convencionalismo teatral, no habían podido ser re- presentadas en otras públicas es- cenas.

Pues bien; Mr. Antoine, en vista del éxito que va coronan- do su empresa, ha resuelto dila- tar grandemente el campo de su misión, á cuyo efecto piensa ha- cer construir un edificio de nue- va planta para que en él se ins- tale el teatro Libre, que, una vez en su flamante hogar, ofrecerá al público muchas y atractivas novedades.

El nuevo teatro se levantará en el corazón de París, entre la Opera y la Magdalena; en él se observarán, entre otras, las si- guientes innovaciones: “Cada espectador dispondrá, junto á su asiento, de una caja que le sirva de guard-ropa; la orquesta, como en el teatro de Bayreuth, se colocará en el foro; levantante- mente la entrada en la sala; se suprimirán las “ouvreuses;” los periódicos dispondrán de una sala especial para escribir sus impresiones, sin que cada cual tenga que trasladarse á su res- pectiva redacción.....

La maquinaria y “mise en scène” según la última palabra del adelanto en tan importantes factores.

Por último, y esto sí que es

importante, Mr. Antoine se pro- pone que en su teatro la obra dramática ocupe siempre el pri- mero lugar que por derecho pro- pio le corresponde relegando á los artistas que la desempeñen á una situación secundaria.

De tal manera se propone lle- var adelante este propósito Mr. Antoine, que en los programas donde se anuncien las funciones de su teatro no figurarán nunca los nombres de ningún actor ni actriz alguna.

Lo más curioso es que con es- tas condiciones, monsieur Antoi- ne ha conseguido reunir una compañía muy buena.

Apostamos cualquier cosa á que Madrid se queda con las ga- nas.

COSAS DEL MUNDO.

LA CATEDRAL DE CARTAGO.

Por un despacho fechado en Túnez el 15 de Mayo sabemos que se verificó la consagración de la Catedral de Cartago. El nú- mero de concurrentes, particular- mente árabes, era considerable.

La Catedral estaba adornada con suntuosidad, ostentándose el pabellón pontificio en la parte más elevada del pórtico y el pa- bellón francés sobre la cúpula principal. El residente francés M. Massicault ocupó un sitial adornado con banderas france- sas. A su derecha ocupaban el primer lugar en la nave prínci- pe Taieb Bey y su séquito, Me. Massicault y las damas de la re- sidencia. á su izquierda estaba el General Swiney rodeado de muchos oficiales.

Después de leída por un obis- po la carta pastoral en que se recuerda el pasado histórico, pa- gano y cristiano de la colina de Byrsa sobre la cual se levanta la Catedral, el Cardenal Lavignerie pronunció una alocución. En se- guida cuatro canónigos trasla- daron el trono arzobispal á la izquierda del coro, frente al re- sidente, ocupándolo el Cardenal. Antes de la misa se dió bendi- ción papal á la multitud aglo- merada ante la Iglesia.

El servicio interior del tem- plo estuvo á cargo de los padres blancos de las misiones de Afri- ca, cuidando del orden los caba- lleros del 42 de cazadores de Afri- ca. Dos secciones de la artillería local tiraron salvas durante la ceremonia.

La Catedral de Cartago reina ahora en la soledad no teniendo á su sombra más que los estable- cimientos religiosos del Carde- nal; pero es indudable que ha de ser el núcleo de una gran ci-  
dad. Es la primera piedra de una nueva Cartago.

TOROS.

—El torero sevillano Carlos Borrego, *Zocato*, se embarcará para México en Agosto próximo. También volverá Zenteno. Cada uno de ellos traerá una media cuadrilla.

—«Ojitos» banderillero espa- ñol que perteneció á la cuadri- lla de Frascuelo y que trabaja actualmente con Ponciano Díaz, va á recibir en la próxima tem- porada la *alternativa*, de manos del citado matador mexicano.

—Se asegura que Mazzantini va á torear en esta ciudad á fi- nes del año, por su cuenta y ries- go. Como quebró como empre- sario de la plaza de Madrid, el año pasado, quiere recuperar algo de lo ido entre toros de Mu- rias y del Conde de la Patilla. Dudamos de la exactitud de es- ta noticia.

—Se tienen buenas referencias de las víctimas dedicadas por Ponciano Díaz, para ser inmo- ladas en la plaza de Bucareli du- rante la temporada del presente año; se dice que los toros son de ley, de buena estampa, de car- nes; el valor se les supone.

—La empresa de la plaza de toros de Zacatecas ha entrado en arreglos con el español *Cuatro Deltos*, para que al regreso de este diestro de Mérida, dé algunas corridas en Zacatecas.

—A la cuadrilla de Diego Prieto ha ingresado el banderil- lero José León Cortés, y por tan- to trabajará en Mérida.

—El zarzo de banderillas que se usará en el beneficio de Pon- ciano Díaz, lo está construyendo el aficionado Sr. G. Ilegos, así como las divisas que lucirán los toros; las banderillas son de todo lujo, construidas con esmero y buen gusto.

—Cayetano Leal, *Pepehillo*, tra- bajará próximamente en México según se asegura, cuando regre- se de Monterey y el Saltillo, en cuyas ciudades ha trabajado con bastante éxito. Aun no se sabe en qué plaza dará corridas el aplaudido diestro.

—En Pachuca trabaja esta tarde el espada Antonio Sánchez “Nuevo Tato” con su cuadrilla mexicana, se lidian reses de una ganadería del Estado de Hidal- go, y es la primera vez que se presenta al público de Pachuca el diestro Antonio Sánchez.

—Para el día 20 se anuncia en la plaza del Paseo, una corri- da en la que se presentará á to- rear por primera vez en México, el diestro Francisco Cosme, “El

tacto. Pero los sentimientos abo- lutos son tan egoístas!

—¿Te gustan los niños viajan- do?—preguntó el joven á su ami- go.

—Sí, cuando están destetados, cuando se lluevan Oscar y cuando llevan chocolate.

Estas dos frases fueron cambia- das á media voz, para dejar á Os- car la libertad de oír ó de no oír; su contención iba á indicar al via- jero la medida de lo que podía ten- tarse contra el niño para di- traerle durante el camino. Oscar no quiso hacer bbo. Miraba en torno para saber si su madre, que le mo- lestaba como una pesadilla, se en- contraba aún allí, porque dema- siado sabía cuanto le amaba para abandonar tan pronto. No pudo comparaba involuntariamente co- el suyo el vestido de su compañe- ro de viaje, sino que comprendía con que el atavío de su madre cou-

tribuiría no poco á la sonora burlo- na de los dos jóvenes.

—¿Si se marchasen? pensó. Ay! uno de los dos jóvenes acababa de decir al otro, dando un li- gero golpe de bastón á la rueda del carricó:

—¿Y tú, Jorge, vas á confiar tu porvenir á este débil leño?

—¡Es necesario!—dijo Jorge con aire fatal.

Oscar lanzó un suspiro, obser- vando la hechura caballerescas del sombrero echado sobre la oreja co- mo para ostentar una magnífica cabellera rubia bien rizada; mien- tras que él llevaba, por orden de su padrastro, sus cabellos negros cortados sobre la frente á manera de cepillo y rápidos como los de la trepa. El vanidoso niño most- raba un semblante redondo y cari- llado, animado por los colores de una brillante salud; mientras que el semblante de su compañero de viaje era largo, fino y pálido. La

frente de este joven era despeja- da, y su pecho se abalaba á un chulo de cachemir limitado. Al admirar un pantalón trabado co- lor gris de hierro, un gabán con algunos esbozos del talle, parecía á Oscar que aquel romanesco des- conocido, dotado de tantas venta- jas, abusaba con él de su superio- ridad, de la misma manera que una mujer fía se siente humillada á la sola presencia de una mujer hermosa. El ruido del tacaón de las botas de montar que el descono- cido hacía resonar con exceso para el gusto de Oscar, penetraba hasta su corazón. En fin, Oscar se sen- tía tan molesto con su traje, con- feccionado tal vez en su misma casa, teniendo por patrón los vie- jos vestidos de su padrastro, como aquel envidiado muchacho se sen- tía cómodo con el suyo.

—Ese joven,—pasó Oscar, debe tener algunos docenas de francos en el bolsillo. El joven se volvió.

¿Qué no pensaría Oscar al aper- cibir una cadena de oro, pasada al- rededor del cuello y al extremo de la cual se hallaba sin duda un reloj del mismo metal! Este descono- cido adquirió entouces á los ojos de Oscar las proporciones de un per- sonaje. Criado en la calle de la Gensais desde 1810, sacado y con- ducido de nuevo al colegio por su padre en los días de asueto, Oscar no había tenido otros puntos de comparación, desde su pubertad, que el pobre ajar de su madre. Vigilado severamente según el con- cejo de Moreau, no iba al teatro con frecuencia, y no pasaba enton- ces más allá del teatro del “Am- bigú-Comique,” en donde sus mira- das no divisaban grande elegán- cia, si la atención que un niño prestaba al melodrama, le permi- tía alguna vez examinar la sala. Su padrastro llevaba aún, según la moda del tiempo del Imperio, el reloj en el bolsillo de sus pantalo-

nes, y dejaba colgar sobre su ab- domen una gruesa cadena de oro, que terminaba en un paquete de dijes extrabagantes, de sellos, una llave de cabeza redonda y aplasta- da, en sellos, una llave de cabeza redonda y aplastada, en la cual se veía un paisaje de mosaico. Oscar, que miraba este vir-jo lujo como “un nonplus ultra, quedó aturdi- do ante aquella revelación de una elegancia superior y negligente. Aquel joven mostraba con exceso unos guantes bien conservados, parecía querer deslumbrar á Oscar agitando con gracia un elegante bastón con puño de oro. Oscar lle- gaba á ese último cuarto de la adolescencia en los detalles cau- san grandes alegrías y grandes miserias, en que se prefiere una desgracia á un atavío ridículo, en que el amor propio, no uniéndose á los grandes intereses de la vida. (Continuaré).